

## UN NATURALISTA DEL SIGLO VEINTE: FEDERICO MEDEM (1906-1984)\*

POR  
EFRAIM OTERO RUIZ\*\*

### Introducción

Para presentar hoy a ustedes estos tres relatos, que constituyen una aproximación a la biografía del profesor Federico Medem, he tenido en cuenta dos consideraciones: una, la de que los temas médicos o biológicos son, por así decirlo, una excepción en esta venerable Academia, pese a que esos campos los domina, por formación y vocación, nuestro ilustre Presidente; otra, como quizás él mismo lo ha señalado, porque aunque el protagonista de mis relatos fuera uno de los científicos más destacados de la segunda mitad del siglo xx en Colombia, su figura y sus hazañas aún permanecen desconocidas para muchos y merecen un duradero reconocimiento.

Los he basado en una amistad que mantuve durante dos lustros con el profesor Medem, primero como Director de Colciencias –en donde nos colaboró asiduamente– y, ya en sus últimos años, como uno de sus médicos. Largas conversaciones en Bogotá o en Villavicencio me permitieron tomar notas que luego, puestas en el contexto de las tres etapas cruciales de su vida como naturalista en Europa, en Colombia y en el mundo, logran urdir una narración que para muchos sonará novelesca o imaginaria y que, por tanto, he incluido en un libro que entrará en prensa en dos o tres semanas y que lleva el título de *Cuasi una fantasía – Relatos y cuentos*; el cual recopila, además de estos últimos, muchas de las anécdotas por mí recogidas durante mi ya larga carrera como médico, dedicado desde hace mucho a la historia de la medicina.

---

\* Lectura durante la sesión ordinaria del martes 1° de febrero de 2005.

\*\* Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia.

Todo recae en experiencias vividas a las que la emoción con que se vivieron, el transcurso del tiempo y la imaginación misma del protagonista van agregando o quitando componentes hasta que el resultado final puede parecerse apenas remotamente a lo que se vivió. Como dijo Pedro Alejo Gómez Vila en su inolvidable prólogo a la edición póstuma de los cuentos de su padre: “La imposibilidad de trazar en muchos de ellos una línea divisoria entre lo real y lo imaginario, entre la historia y la ficción, tiene en su caso una prodigiosa significación”<sup>1</sup>.

De ahí que yo haya decidido bautizar con el subtítulo de la sonata *Claro de luna* esa pequeña colección de cuentos y relatos. Porque en su mayoría son basados en experiencias reales, o bien vividas en la infancia, la juventud y la edad madura, o bien recogidas de narradores que pudieron ser los propios protagonistas o gentes muy cercanas a ellos. Otras han sido vivencias que han corrido muy cercanas a la existencia misma del autor por razón de su carrera, la medicina, que lo preparó para surcar diversas disciplinas o circunstancias, y extraer de las mismas las partes substanciales, con desenlaces unas veces grotescos, otras placenteros, a veces trágicos. Pero consciente siempre de la afirmación, hecha por el mismo García Márquez en su discurso de recepción del Premio Nobel, de que lo vivido en la realidad de nuestros países excede con mucho la imaginación de los mejores escritores.

Pero es obligación de quien registra o quien relata no restarle grandiosidad a esas circunstancias. Como ha dicho José Saramago, refiriéndose a su vieja amistad con Ernesto Sábato: “La verdad que uno encuentra en su vida, sobre todo cuando ésta es larga, perdura por el resto del tiempo que uno tenga que vivir y pertenece a los momentos grandiosos”<sup>2</sup>. Como médico, siento que todos los momentos, ya sean vividos o narrados, han sido grandiosos y pertenecen a ese acompasado y creciente ritmo vital que, por su contenido ético y humanístico<sup>3</sup>, ha hecho que a la medicina se la califique como la más moral de las profesiones.

Mi aspiración es la de poder compartir con ustedes tales vivencias y rendir un tributo a la memoria de personajes como éste que, en la ciencia o en la vida diaria, en Colombia o en el mundo, urdieron estambres que merecen ser recordados.

<sup>1</sup> Gómez Valderrama, Pedro, *Cuentos Completos*, Santillana-Alfaguara, Bogotá, 1996.

<sup>2</sup> José Saramago, “Como Hermanos”. Palabras en la recepción del *honoris causa* que le otorgó a Ernesto Sábato la Universidad Carlos III en España, *El Tiempo, Lecturas Fin de Semana*, Bogotá, noviembre 13, 2004.

<sup>3</sup> Otero-Ruiz, E., “Educación médica, ciencia y humanismo”, *Temas Médicos*, Academia Nacional de Medicina, vol. XIV, Ed. Italmex, Bogotá, 1992.



Federico Medem

### Un naturalista en Europa (I)

Federico Medem nació en Riga (Letonia) en el seno de una distinguida familia de ascendencia hebrea, conectada con la nobleza de ese país báltico (su madre era condesa), cuya existencia misma siempre osciló entre las ambiciones de Rusia y las de los caballeros teutones. Primero en su país de origen y luego en Alemania recibió una esmerada educación en geología, botánica, antropología física y zoología que lo llevaron, justo en los albores de la Segunda Guerra Mundial, a obtener su título de “Dr.rer.nat.” (equivalente al Ph.D. de los científicos ingleses o norteamericanos) en zoología en la Universidad Humboldt de Berlín. La zoología ocupó siempre, entre las dos guerras, uno de los lugares más prestigiosos. De ser una ciencia casi que meramente descriptiva hasta la época de las grandes expediciones exploratorias de los mares y de los continentes, pasaba, a comienzos del siglo xx, a beneficiarse de otras ciencias afines como la fisiología, la bioquímica, la embriología, la patología y la genética. Especialmente en la Europa continental, la cátedra y los diversos institutos o laboratorios de zoología se codeaban al mismo nivel con los institutos de física, de química, de matemáticas, en fin, de aquellas ciencias naturales (*naturwissenschaften*) que simultáneamente se agruparían bajo el orgulloso lema de los Institutos Kaiser Wilhelm, posteriormente denominados Institutos Max Planck, en la República Federal de Alemania.

No debió ser nada fácil la vida para un científico judío en la Alemania triunfalista de Hitler, ya en plena guerra. Por eso, recién obtenido su grado, a comienzos de 1942 Medem se traslada a Nápoles, en la Italia de Mussolini, donde tanto el clima físico como el ambiente intelectual parecían más tolerantes. En Nápoles funcionaba desde finales del siglo xix un Instituto Internacional de Biología Marina (la llamada Estación Zoológica)<sup>4</sup> auspiciado por industriales alemanes, Krupp entre otros, atraídos por la belleza del paisaje y la variedad de la fauna marina mediterránea; por ese motivo las relaciones con científicos y universidades alemanas se daban con frecuencia y más en esos momentos, en que el eje Roma-Berlín se hallaba en plena vitalidad. Hay que anotar, además, que a comienzos de la guerra muchos científicos y estudiantes graduados provenientes de los países bálticos (Letonia, Estonia y Lituania) se habían enlistado como voluntarios en el ejército alemán, movidos por una ilusión patriótica que los llevaba a pensar que sólo la alianza con Alemania protegería a sus países de ser nuevamente anexados e invadidos

<sup>4</sup> Fundado por Anton Dohrn (1840-1909), zoólogo alemán, en 1872. Para financiarlo, además de donativos institucionales, creó un sistema de becas pagadas por universidades, no solo alemanas sino de varios países.

por Rusia. Por otra parte, la influencia teutona, cultural y comercial de muchos siglos, más allá de Danzig y de la Prusia oriental, hacía que en esos países el alemán se aprendiera como una segunda lengua o *lingua franca* que permitía los intercambios entre los mismos.

Allí en Nápoles se inician sus trabajos sobre los órdenes de reptiles y saurios (*Reptilia*, *Crocodylia*) y de tortugas (*Testudinata*) que irían a ser objeto de los estudios de toda su vida. Pero esta paz intelectual e investigativa va a durar menos de un bienio. El 25 de julio de 1943 se produce la destitución y arresto de Mussolini (inspirados por Grandi y ordenados por el rey Víctor Manuel) y su reemplazo por el Mariscal Badoglio, quien se inclina por un acercamiento y armisticio con los Aliados; estos desembarcan en la bota italiana y luego en Salerno en el mes de septiembre. La furibunda reacción de Hitler no se hace esperar: en ejecución de la operación *Achse* (“eje”) ordena el rescate de Mussolini, la ocupación militar de Italia y la tenaz resistencia bélica que retrasará la invasión total de la península por casi dos años, acarreado la destrucción de muchas ciudades y monumentos importantes y la producción de un sinnúmero de bajas en ambos bandos. Los extranjeros y los italianos aptos para el servicio militar son conscriptos y pasan al ejército alemán.

Víctima de tales medidas resulta Federico Medem. Aunque provenga de un país báltico de la “órbita amistosa” de Alemania, sus ancestros judíos lo delatan y hacen que sea enviado, junto con otros extranjeros “indeseables” —entre los que se cuentan rumanos, italianos, lituanos y húngaros— a combatir en el frente ruso. Pero el frente ruso a partir de la derrota de Stalingrado a finales de 1942 no consiste ya sino en una retirada ordenada, metódica, pero retirada al fin y al cabo. Inflexibles avanzan los ejércitos soviéticos que, en abril de 1945, finalmente rodearán y ocuparán Berlín. Opuestas a las directrices de brillantes generales y estrategias, que apenas un año atrás comandaban en su avance impetuoso las triunfales huestes de Hitler y que ahora dirigen cautelosamente su retirada, se dictan las paranoicas y esquizofrénicas órdenes del supremo señor de la guerra, desde sus boscosos cuarteles de Rastenburg en la Prusia oriental: “—¡Resistir hasta el último hombre!”, “Ni un paso atrás!”, “¡Todo aquel que retroceda o trate de entregarse al enemigo será fusilado inmisericordemente!”.

Ese escuadrón de desdichados reclutas retrocede también, comandados por oficiales alemanes que comienzan a rumiar ya las semillas del desencanto, pero que siguen unidos a Hitler por un absurdo juramento de lealtad, extraído años antes. En una ocasión se encuentran acampados en un remoto pantano de la Ucrania oriental, cerca al río Pripet, vecinos de un

pueblito arrasado llamado Chernobyl. El batallón, comandado por un curtido capitán alemán, se halla desorientado, confundido, aislado, habiendo perdido el camino del grueso de la división. En el horizonte retumban disparos de cañones, sin saberse si son amigos o enemigos. Al acallarse la tardía noche del verano ruso comienzan a brotar por doquier sonidos que parecen el croar de las ranas en los pantanos. Suenan aquí, allá y cada vez más adentro. Los soldados se encuentran cansados y sólo quieren dormir en sus improvisados refugios. Medem, sin embargo, no duerme. Se ha puesto a recordar sus estudios sobre batracios iniciados en Riga y que lo llevaron, casi adolescente, a estudios de campo por pantanos orientales similares a este. De repente, como iluminado, decide presentarse ante el oficial que los comanda. “—Herr Capitán”, le dice. “—Soy biólogo y zoólogo investigador de la Estación Zoológica de Nápoles. Quiero informarle algo muy importante”. “—Hable, pues”, le dice malgeniado el capitán. “—Creemos estar rodeados del croar de muchas ranas”, le replica Medem. “Quienes las escuchamos pensábamos que se trataba del croar de apareamiento, común en las ranas de estos pantanos. Pero estamos en julio y la época de apareamiento pasó desde la primavera. No pueden ser ranas, señor. Algo o alguien las está imitando”.

Se envían patrullas de inteligencia a recorrer la periferia del campo. Efectivamente, se descubre que son partisanos rusos que imitan con los dedos puestos entre sus bocas el croar de las ranas y en esa forma señalan y se comunican entre sí. Estaban a punto de rodearlos y terminar con ellos en una emboscada. En medio de la noche se reagrupa y moviliza el batallón alemán. Eluden el cerco y logran unirse a su división en una maniobra que los superiores consideran un milagro.

Tras el incidente, el capitán alemán le toma cierto afecto a Medem y ya no lo envía tan a menudo en las misiones de “carne de cañón”. Pero la inexorable retirada continúa, esta vez por el sur, cerca del Mar Negro, por la Transnistria, por la Bessarabia, por los límites de Rumania. Pero la suerte parece abandonarlo pues allí lo hieren las esquirlas de un obús antitanque. En un hospital de campaña le limpian y le suturan las heridas superficiales, pero las profundas aún abiertas en las piernas y en el tronco le impiden continuar la lucha. Finalmente, con la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo, es puesto en el asiento de un tren-hospital que se dirige a Viena.

El tren avanza en la noche, sin parar, por entre derruídos espectros de lo que antes fueran estaciones, demolidas por los bombardeos. A veces hay que detenerse y esperar a que reparen la línea. Son asientos reclinables de los viejos vagones de lujo, ahora adaptados al uso bélico. A su lado viaja un

soldado alemán gravemente herido, vendado como una momia y sangrante, que apenas lanza leves quejidos con las frenadas y sacudidas del tren. Al acercarse a Viena el soldado muere. Pero es un tren atestado y solitario en que muchos mueren, otros gimen y los que sobreviven parecen estar sólo interesados en la parada final. De pronto Medem se da cuenta que esta es la oportunidad de su vida. Sigilosamente, sin mover el asiento, se apodera de los papeles del muerto que sobresalen por entre los vendajes: todo en orden (*alles in ordnung*), gracias a la cruz gamada en la pasta que proclama su ascendencia aria. Simultáneamente introduce sus papeles de judío en la solapa del soldado muerto. Medem ha adquirido una nueva identidad. Se ha librado por ahora de la estrella de David impresa por los nazis en su pasaporte letón.

Al llegar son recibidos por enfermeros, casi todos viejos voluntarios de la organización *Hilfe* (“Ayuda”). Viena sigue siendo bombardeada pero le consiguen una cama en el sótano del viejo hospital general, el Allgemeines Krankenhaus. Todo el mundo acepta su nueva identidad sin preocuparse en compararlo con el difunto soldado de cuyos papeles se apropió en el tren. Lentamente Medem se repone y se queda en Viena hasta que sobreviene el caos de la invasión rusa, luego la división de la ciudad entre los Aliados. Por fortuna él puede refugiarse en la zona francesa. Allí las organizaciones austriacas de ayuda a veteranos y refugiados son muy activas. Pasan los meses y luego los años, y finalmente, hacia 1948, ya recuperada su antigua identidad y sus papeles y títulos universitarios, el doctor Medem viaja a Suiza y de allí se embarca hacia América, hacia Colombia.

### **Un naturalista en América (II)**

Pero, ¿por qué América, por qué Colombia? —le preguntaban a Medem en una ocasión. —Quizás por la abundancia de reptiles y ofidios, ya conocida en Europa desde los años veinte, contestaba. Realmente, por la ubicación de Colombia entre los dos océanos y por el hecho de lindar con el Caribe por el norte, con el Orinoco por el oriente y con el Amazonas por el sur, se da una situación muy especial respecto a su fauna. Así, por ejemplo, en las especies de manatíes (las famosas “vacas marinas” que los conquistadores confundieron con sirenas) se encontraban, antes de extinguirse, dos especies bien diferentes: las de la cuenca del Caribe —idénticas a las que aún se dan con abundancia en la Florida— y las de la cuenca orinoco-amazónica, que se han logrado criar y cultivar con éxito en la Guayana inglesa. Lo mismo ocurre con los caimanes y cocodrilos. Los del Magdalena son bien diferentes de los que se dan en las cuencas del Orinoco y del Amazonas.

Una vez llegado a Colombia se dirigió a Villavicencio, al borde de los Llanos Orientales, y allí iría a sentar sus reales la mayor parte de su vida. Desde fines de los años treinta se había establecido una estación experimental o laboratorio de medicina tropical en la periferia de la zona urbana de dicha ciudad, inicialmente dedicada a los estudios de fiebre amarilla a cargo del Instituto Carlos Finlay y que posteriormente pasó a la Universidad Nacional para continuar las investigaciones sobre problemas del trópico. Se la denominó Estación de Biología Tropical o Laboratorio Roberto Franco, en honor al fundador de nuestra cátedra de dicha especialidad, y pronto sus oficinas le fueron adjudicadas al doctor Medem. Allí estableció sus dominios durante más de 25 años. Cuando uno visitaba el viejo *bungalow*, que le servía también de residencia, en medio de la vegetación tropical y rodeado de fuentes y estanques de agua, le parecía llegar a un mundo irreal, que sólo había visto en las películas sobre grandes viajeros o exploradores. En un escritorio antiguo, rodeado de muebles de mimbre, se sentaba el profesor Medem. Las vitrinas estaban llenas de frascos de formol con especímenes científicos. El vaivén de las puertas se trancaba con caparzones de tortuga o enormes cráneos de cocodrilos, y a sus lados había raíces ya secas de árboles exóticos que simulaban lagartos o reptiles. De vez en cuando una fotografía amarillenta de las expediciones, o del profesor rodeado de indígenas, o del antiguo Instituto de Nápoles con alguno de sus profesores. Y libros y revistas científicas por doquier. Lámparas con caperuzas de pergamino o de mimbre y un lento ventilador, de esos que cuelgan del techo, completaban la exótica decoración.

Pero desde que uno entraba se respiraba la cordialidad del ambiente. Afable, bonachón, sencillo, se repartía con colaboradores, estudiantes y visitantes a la vez. En unas especies de galpones que rodeaban la casa había toda clase de sólidas jaulas enmalladas donde mantenía, de un lado roedores y del otro reptiles. Había allí variedad de serpientes, incluyendo las más grandes y las más venenosas. En los estanques, con mínimas vallas protectoras, se repartían las tortugas y los caimanes. A éstos era frecuente verlos durmiendo en los jardines, protegidos del intenso sol por los arbustos y los crotos decorativos. Llamaban la atención unas tortugas de la Orinoquía, con cabeza y un cuello desproporcionadamente grande, en forma de bolsa hueca, que de vez en cuando emergen del agua y emiten una especie de ladrido. Los caimanes sólo se agitaban cuando él o alguno de sus ayudantes salía a repartirles trozos de pescado. Entonces se lanzaban al agua y se podía ver su agilidad al disputarse el alimento con los otros. Poco después regresaban a aletargarse.

Los Llanos eran todavía casi vírgenes, sin carreteras de penetración, sólo comunicados por aviones, por ríos o por caños. Algo se iniciaba de la violen-

cia política pero a un científico “alemán” vestido de caqui, rodeado de papeles y aparatos raros y con un sombrero alón medio flojo, nadie iría a molestarlo. Por el contrario, los habitantes lo ayudaban en lo que podían. Alojándolo en sus ranchos o malocas, ayudándolo a conseguir guías indígenas, señalándole los ríos o las charcas donde abundaban los saurios o las tortugas. Era realmente deprimente oírlo hablar de la depredación que hemos causado en nuestras especies nativas. Medem estimaba que cuando llegó a los Llanos, en esa inmensidad donde confluyen los afluentes del Orinoco y del Amazonas (cuencas unidas en lo profundo de la selva por el caño Casiquiare, como recordaba de sus lecturas de Humboldt y Bonpland), podría haber cerca de 10 millones de ejemplares entre caimanes y babillas. En cambio ya al final de su vida y debido a los cazadores furtivos estimulados por los exportadores ilegales de pieles, estimaba que en esa vasta extensión apenas se podrían contar unos tres mil ejemplares!<sup>5</sup>

Una vez, cuando fui a tomarle la tensión (pues también fue mi paciente ocasional en sus últimos años), le pregunté cuál era el origen de una fea cicatriz que ostentaba en el brazo izquierdo, pensando que se trataba de una de sus heridas de guerra. “—No, me dijo. Esa es una larga historia. Y se la voy a contar”.

Fue en una de sus largas excursiones por el Vaupés, cerca de los límites entre Colombia y Brasil. Habían navegado por uno de esos ríos remotos y después siguieron a pie, Medem y un guía indígena que le era muy fiel. Iban en busca de unas lagunas o ciénagas donde, según los indios, había un increíble reservorio natural de babillas y de caimanes adultos. Andando por trochas selváticas, acampando donde los cogiera la noche, se habían alejado cuatro o cinco jornadas (léase leguas) del sitio donde habían dejado los botes y el resto de la expedición. Pero era tal su excitación por encontrar un “hábitat” completo del “*Crocodylus acutus*”, que no le importaban las distancias. Por fin llegaron y se dedicaron a recorrer los bordes selváticos de las ciénagas, identificando uno a uno los diversos especímenes y observando y anotando sus hábitos. Medem, después de varios años de estar en estas junglas, les había tomado confianza a los saurios

<sup>5</sup> Por las denuncias de Medem en 1955 la caza del caimán llanero (*Crocodylus intermedius*) fue teóricamente vedada en 1965 y 1968. En 1997 el Ministerio del Medio ambiente declaró la especie como en vía de extinción y en 1998 el Instituto Alexander von Humboldt y la Universidad Nacional formularon el Programa Nacional para la Conservación del Caimán Llanero. En esa fecha el Instituto creó también el Herbario Federico Medem (FMB) afiliado a la Asociación Colombiana de Herbarios.

–los cuales rara vez atacan– y se acercaba a mirarlos muy de cerca. Y así lo hizo con una espléndida hembra, ejemplar fornido de más de 3 metros de longitud. Cuando se acercó demasiado el animal, en celo, le lanzó tremenda dentellada que le agarró la mano y parte del antebrazo izquierdo. Con la estaca que llevaba en su derecha logró reabrir las fauces del saurio –que afortunadamente se posaba en terreno sólido– y liberar su brazo atrapado. Al huir del cocodrilo se dió cuenta que sangraba profusamente y tenía los tejidos blandos machacados y lacerados, con la mano casi paralizada. El sabía que, por los hábitos carnívoros de los caimanes, que con frecuencia se nutren de carroña y en sus fauces abiertas pululan las moscas, la herida se infectaría inmediatamente. Y así fue. Pronto la mano y el brazo se hincharon monstruosamente y las heridas se amorataron y supuraron. Parecía inminente la gangrena. Como única droga Medem portaba unas cuantas tabletas de sulfadiazina, que nunca abandonaba. Se dedicó a ingerirlas cada 6 horas, mientras el guía indio se movía cauteloso en los alrededores y regresaba con hierbas para hacer infusiones en el fuego y darle a tomar el líquido tibio o aplicarlo sobre las heridas. Así pasaron varios días y varias noches. Lo que más inquietaba a Medem era que el indígena, en las mismas piedras del fogón donde preparaba sus infusiones, amolaba mañana y tarde su filoso cuchillo. Sin tapujos le informó que si la gangrena progresaba más allá del codo habría que amputar el brazo. Y Medem lo aceptó a regañadientes, pues sus heridas ya comenzaban a apestar. Sin embargo, al quinto día, la inflamación comenzó a ceder. Nunca supo si por la sulfadiazina, por las hierbas o por ambas, pero el caso es que fue mejorando, las heridas sanando, las fiebres y los sudores desapareciendo. Al décimo día ya pudieron emprender el camino de regreso, puesto el brazo izquierdo en un improvisado cabestrillo. Cuando llegaron al puerto fluvial y a los restos de una antigua cauchería ya los daban por muertos. Con los meses el brazo y su movilidad se recuperaron totalmente, pero siempre exhibía unas horribles cicatrices en forma de sierra que recordaban los colmillos y los dientes del caimán.

### **Naturalista en el mundo (III)**

En su *bungalow* discurrió plácidamente el final de su vida, entre libros y trabajo de campo, fumando siempre como una chimenea. Los dedos de las manos, las barbas y el bigote canosos se veían teñidos del tinte amarillo de la nicotina. En sus últimos años fue desarrollando progresivamente un enfisema pulmonar al lado de una bronquitis de fumador, que no lo molestaban mayor cosa mientras estuviera en las tierras calientes cercanas del nivel del mar. Pero sí lo afectaba enormemente cuando ascendía las alturas andinas.



Federico Medem en Nueva Guinea, 1980.

Por eso se fue retrayendo más y más en Villavicencio, evitando en lo posible las venidas a Bogotá. Una o dos veces lo vimos cuando le ofrecimos editar sus libros *Crocodylia de Colombia* y *Crocodylia de Sur América* que, efectivamente, se publicaron en 1981 y 1983<sup>6</sup>, aunque se fastidiaba con todo lo oficial, con la burocracia. Decía que los burócratas únicamente habían servido para acabar con sus especímenes, pues a algún “genio” del Ministerio de Salud se le había ocurrido la peregrina idea de implantar la central distribuidora de insecticidas del servicio de erradicación de malaria en el mismo lote, pared de por medio, de su laboratorio. Se enfurecía más cuando hablaba de los encargados de la vigilancia ecológica. “—Mire usted, me decía, me ponen todas las trabas imaginables cuando trato de enviar unas larvas o unos huevecillos a colegas zoólogos respetables de todo el mundo. Pero ellos mismo dejan que unos sinvergüenzas” —y señalaba con nombre propio a la familia Mendel, judíos como él, exportadores de babillas— “¡puedan exportar de una vez hasta un millón de pieles de caimanes!”. Y esto no sólo lo decía en privado, sino que lo publicó muchas veces en los periódicos. Y lo hacía con la furia, con la desazón de alguien a quien le estuvieran invadiendo sus objetos o sus fueros privados.

Yo lo ví con más frecuencia en mi consultorio a comienzos de los ochenta, cuatro años antes de su muerte. Especialmente cuando lo tuve que preparar para que asistiera a dos reuniones importantísimas sobre *Crocodylia* en el mundo, una en Nueva Guinea y otra en Zimbabwe, en el África oriental. Singular tarea para un médico, pensaba yo, empacar a un obeso y sibilante profesor casi ochentón de 90 kilos de peso, con enfisema e insuficiencia cardíaca, fumador empedernido, ¡en un avión comercial para darle la vuelta al mundo! Parecía cosa de locos. Pero la confianza, la tranquilidad y la “bonhomía” del profesor me desarmaban. Y las invitaciones eran esenciales de responder, pues él formaba parte del grupo de 6 o 10 expertos mundiales encargados de la clasificación y supervivencia de todas las especies de cocodrilos, muchas de ellas desafortunadamente a punto de extinguirse en nuestro planeta.

Pero no era un viaje sencillo, como pudiera suponerse al sólo enunciarlo. Debía viajar primero a Los Ángeles (ocho largas horas desde Bogotá, con las paradas intermedias) y allí pernoctar para continuar al día siguiente a Hong Kong y a Port Moresby, la capital de Nueva Guinea, a donde llegaría des-

<sup>6</sup> Medem, F., *Los Crocodylia de Sur América, Vol. 1: Los Crocodylia de Colombia*, Colciencias, Bogotá, 1981. Medem, F., *Los Crocodylia de Sur América. Vol. 2*, Universidad Nacional de Colombia-Colciencias, Bogotá, 1983.

pués de 19 o 20 extenuantes horas. Ahí asistir a una conferencia de una semana, viajando en avioneta a sitios tan ignotos como Kerema, al borde mismo de Papua, donde habitaron hasta los años cincuenta los últimos antropófagos, que permitirían al profesor Gadjusek (el mismo que estuvo después en Tumaco, en nuestra costa Pacífica, estudiando una rara parálisis de los miembros inferiores endémica en esa zona<sup>7</sup>) abrir el camino para descubrir los “priones”, partículas más pequeñas que los virus, como causantes de una enfermedad llamada “kuru”, que destruía el sistema nervioso central de tales indígenas. Pero Medem no iba a mirar indígenas sino los cocodrilos provenientes de los deltas de los ríos Kikori y Purati, nombres todos ellos que, de sólo pronunciarlos, lo hacen a uno consultar la Enciclopedia Británica y su Atlas del mundo.

De ahí volar tres horas a Sidney (Australia) para tomar, a través del océano Índico, el jet de Quantas que lo depositaría en Johannesburgo, la capital de Sudáfrica, para luego en una aerolínea local volar a Harare, la capital de Zimbabwe, y permanecer allí otra semana, con viajes por tierra al lago Karibu, en la frontera con Zambia y al río Zambezi, en territorio de Mozambique, confiando en que la camioneta blanca con el escudo de Naciones Unidas los protegería, como en efecto los protegió, de los disparos de las diversas tribus rivales enfrentadas entre sí. Pero él no se reía tanto de esas escapatorias como de la de haber podido dejar en el hotel la pequeña bala de oxígeno, que yo le había rogado llevara consigo para cualquier emergencia respiratoria. Y regresar luego a Johannesburgo para tomar por el Atlántico sur, otras seis horas, el vuelo de Aerolíneas Argentinas que lo llevaría a Buenos Aires y de ahí a casa. Casi un mes dándole la vuelta al mundo, en que todos estuvimos pendientes de si iría a regresar o no con vida.

Pero allí fue a cumplir su cometido. Y lo cumplió admirablemente, así se minara lo que le restaba de salud. En todas las reuniones a que había asistido previamente, en todos los foros mundiales y conferencias en que participó (en Estados Unidos, en Brasil, en la Argentina) dejó siempre muy en alto el nombre de Colombia. Pues él se sintió siempre muy colombiano. Y lo hacía con cariño raizal a una verdadera patria a la que conocía en sus detalles, en su topografía, en su suelo, en su flora y en su fauna. Era impresionante verlo describiendo, por ejemplo, los hallazgos de autopsia del contenido estomacal de los caimanes que vio morir o que encontraba desollados a la vera de los caños. Nada se escapaba a su imaginación, ni los fragmentos de algas o

---

<sup>7</sup> Después descrita en el Japón y en algunas islas del Pacífico como “paraparesia espástica tropical”, causada por virus relacionados con el HIV.

de plantas (todas con sus nombres científicos), ni los pescados o los animales ingeridos, ni el origen de las rocas o los cantos rodados que allí aparecían. A veces casquillos de fusiles o balas que quién sabe qué cuerpos humanos o animales habrían atravesado. Era de una vasta cultura científica, de esas que le recuerdan a uno los genios del Renacimiento o a los naturalistas de finales del siglo XIX. Pero manejada dentro de una sencillez y cordialidad que lo hacían aún más docto y respetable.

Quizás cuando estas notas vean la luz ya nadie, salvo algunos colegas, se acuerde ni siquiera de su tumba. Pero su huella de 35 años permanecerá indeleble en la zoología colombiana y en la del mundo entero, desde Chernobyl hasta el Vaupés. Su figura y su espíritu de primer enamorado de nuestro medio ambiente, de defensor a ultranza de su integridad y sus derechos, permanecerán como ejemplo para las generaciones que repasen su camino, como repasa la luz tenue del ocaso las ventanas del *bungalow* que ahora dejamos.